

KOLDO MICHELENA, LATINISTA Y ESTUDIOSO DE PALEOHISPANÍSTICA¹

Recuerdo que Koldo Michelena inició en cierta ocasión una ponencia haciendo constar que la tarea que se le había encomendado era enojosa, y que resultaba incómodo el llevarla a cabo. No hay nada enojoso en lo que en esta ocasión han hecho caer sobre mis hombros los organizadores de este ciclo, pero sí debo reconocer que me siento ligeramente incómodo, y que estoy seguro de que me sentiré mucho más cuando concluya mis palabras. Aunque agradezca vivamente el que se me dé ocasión de contribuir a un homenaje dedicado a Koldo me es difícil hablar de él, porque estoy seguro de que no voy a hacerlo adecuadamente, y porque no me siento capaz de dar con el tono adecuado. Por ello voy a intentar despersonalizar mi intervención al máximo y hablar de Koldo como lo haría de uno de esos maestros de la lingüística del siglo XIX cuyas obras conocemos porque son imprescindibles pero de los que quizá ni siquiera hemos visto un sólo retrato.

En 1982 Koldo Michelena publicó en una revista no especializada, sino de cultura general, un artículo sobre la normalización de la lengua vasca escrita². Se trataba de un tema de actualidad evidente, cuyas implicaciones prácticas no pasaban desapercibidas a nadie, y en el que el autor distaba mucho de tomar una actitud meramente contemplativa; supongo que la generalidad de los lectores de aquel artículo lo abordaron con expectativas muy concretas, en muchos casos incluso interesadamente concretas, y supongo también que no fueron pocos los que sintieron considerable extrañeza al tropezarse desde las primeras páginas con una serie de consideraciones sobre la situación del vasco a comienzos de nuestra era³, e incluso con precisiones sobre la distribución de antropónimos indoeuropeos en territorios de población verosíblemente euskaldun.

En realidad el hecho era completamente lógico si nos situamos en el punto de vista de Koldo Michelena, del que no sabría decir si su sentido de la historia como determinante del presente explicaba su afición apasionada por los temas históricos, o si en realidad ocurría al revés. En todo caso ese punto de vista es indiscutible en su obra, y es él probablemente el que justifica que hoy podamos hablar de Koldo Michelena como latinista y como estudioso de las lenguas paleohispánicas.

No sé cuándo descubrió el latín; en principio uno supondría que fue con posterioridad al descubrimiento de la lingüística histórica a través de la obra de Menéndez Pidal, es decir con posterioridad a los años de la cárcel de Burgos, y que no sería sino un aspecto más de la concien-

¹ Estas páginas recogen el texto que presenté oralmente el 15 de julio de 1992 en San Sebastián, dentro de los XI Cursos de Verano de la Universidad del País Vasco, y en concreto del dedicado a «Creadores vascos. Koldo Michelena». Salvo alguna ligera corrección, debida a datos que pude comprobar en el curso mismo, no he modificado el original, pero a los agradecimientos iniciales

quisiera ahora añadir uno muy especial a Matilde Michelena, que tuvo la amabilidad de estar presente en aquella ocasión.

² «La normalización de la forma escrita de una lengua: el caso vasco», *Revista de Occidente* 10-11, 1982, 55-75, recogido en *LH*, 213-28.

³ *LH*, 214.

cia tan aguda en su obra de la importancia de las lenguas romances, bien fuese la variedad antigua o latín, bien las modernas, gascón, francés, aragonés, castellano, español standard, para el estudio del vasco. Sin embargo por su propio testimonio sabemos que antes de ese descubrimiento, pero terminado ya el bachillerato, cuando por lo tanto nada le obligaba a interesarse por esa lengua, estando acampado en Lekeitio en 1937, descubrió un ejemplar de la *Gramática latina* de Goñi, que según nos dice, «por ser una especie de método con ejercicios graduados, que vino tan bien que me la apropié»⁴. Es reveladora la referencia a los ejercicios graduados; al parecer no se trataba de un interés teórico, condicionado por una curiosidad lingüística científica, o en todo caso no se trataba sólo de eso, sino simple y llanamente de aprender latín, y de hecho Koldo conservó siempre una relación especial con esa lengua, hasta el punto de que durante sus veinte años de catedrático en Salamanca, catedrático no de latín sino de lingüística indoeuropea, nadie puso nunca en duda que la asignatura de fonética y morfología latina era cosa de Koldo.

Pero volvamos al principio e intentemos ordenar un poco los datos. Koldo Michelena tenía veintitrés años recién cumplidos cuando cae prisionero, en agosto de 1938. En ese momento sus únicos estudios son los de bachillerato, que ha realizado a pesar de diversas dificultades, y aunque querría cursar estudios universitarios considera que, al no existir una universidad en el país vasco, el proyecto es irrealizable. Sin embargo inesperadamente se va a tropezar con la universidad en la cárcel de Burgos en la que era preciso «ocuparse en algo para que el tiempo transcurriera más fácilmente»⁵. Allí se organizaron diversos equipos de estudio, y Michelena se inició en los de lenguas clásicas, a la vez que conocía e incluso se empapaba de la *Gramática histórica del español* de Menéndez Pidal, lo que, según sus propias palabras, «me dio la idea de que aquello se podía aplicar de alguna u otra manera al euskera»⁶. Hasta entonces su interés por la lengua había sido el de un literato en ciernes⁷, a partir de entonces sería un lingüista, y más concretamente un comparatista.

La decisión de estudiar Filología Clásica deriva obviamente de esa intención de aplicar al vasco la lingüística comparada, aprendida en el molde neogramático de Don Ramón que en realidad nunca abandonaría. En 1951 Michelena es licenciado en Filología Clásica, y en 1967, tras rocambolesca peripecia, puede presentarse a oposiciones, y obtiene una cátedra de instituto de latín, lo que abre la puerta para que la Universidad de Salamanca cree una cátedra de Lingüística indoeuropea, pensada para él, que efectivamente obtiene en 1968⁸. Obviamente el intento de crear una cátedra de lengua vasca no habría llevado a ninguna parte en ese momento; la Universidad tenía la Cátedra Larramendi, es decir una cátedra sin dotación regular y sin estudios organizados, pero que servía para que el estudio del vasco hiciese su aparición todos los años en breves y voluntarios cursos, inspirados por Tovar y mantenidos después por otros filólogos del estudio salmantino. La relación de Michelena con Salamanca se inicia, por invitación de Tovar, gracias al marco de la cátedra Larramendi, y su reiterada aunque breve presencia había hecho evidente a quienes tenían capacidad para influir en las decisiones de la Facultad de Filología que Koldo Michelena no era sólo un especialista en lengua vasca, sino un comparatista excepcional, cuya presencia en la Universidad era deseable desde muchos puntos de vista. Efectivamente desde la lectura de Menéndez Pidal en la cárcel de Burgos habían pasado muchas cosas, y su significado iba mucho más allá que el de los meros títulos académicos.

⁴ Ibarzabal, 78.

⁵ Ibarzabal, 117.

⁶ Ibarzabal, 119.

⁷ Ibarzabal, 118-9.

⁸ Ibarzabal, 149.

El primer trabajo sobre el mundo antiguo de Koldo Michelena que conozco son unas páginas mecanografiadas que llevan por título «Guipuzcoa en la época romana», y que en buena medida coinciden con el artículo homónimo aparecido en 1956 en los Trabajos del seminario de filología vasca «Julio de Urquijo». Pero las páginas a que me refiero son anteriores, y constituyen el trabajo con el que el alumno de matrícula libre de la Universidad Complutense Luis Michelena aprobó, supongo que con nota, la asignatura de Arqueología clásica; muchos años después me tropecé con esas páginas cuando tuve ocasión de utilizar el archivador en el que García y Bellido, el profesor que había sido su destinatario, guardaba la bibliografía sobre el país vasco, en la que por supuesto, como en las restantes, no había ningún otro trabajo de alumnos.

De hecho, Michelena había empezado a publicar antes de acabar la carrera, en el año 1949, en el que sin duda ya estaba en contacto con el que habría de ser su director de tesis, D. José Vallejo, una rara excepción en el desolador panorama que ofrecía entonces el latín de la Universidad Complutense, excelente lingüista interesado fundamentalmente en sintaxis, y que desde el punto de vista que en este momento es el nuestro tenía la ventaja de interesarse activamente por cuestiones paleohispánicas, incluso con aportaciones concretas al análisis de los textos ibéricos. Vallejo era además director de la revista *Emerita*, y en 1949 debía conocer lo suficiente al aún estudiante Michelena como para encargarle o al menos aceptar que redactase varias reseñas para la revista⁹, además de incluir en el mismo número un artículo de Koldo sobre «Voces vascas»¹⁰, que junto con el publicado en el *Homenaje a D. Julio de Urquijo*, «Notas de gramática histórica vasca»¹¹, fue el primero de los suyos.

Los temas tratados por Koldo Michelena en esas primeras publicaciones son significativos. Ambos artículos se refieren a su campo de interés prioritario, la lengua vasca, e incluso se observa una voluntad de no dejarse llevar a otros terrenos de no ser estrictamente indispensable, ya que al estudiar (*h*)egi, (*t*)egi, no sólo no se mencionan los socorridos paralelos célticos sino que se indica explícitamente: «Me he mantenido estrictamente dentro del ámbito de la lengua vasca»¹². Sin embargo Koldo era ya muy consciente de que el estudio histórico del vasco pasaba necesariamente por otras lenguas; la tercera parte de «Voces vascas» lleva por título «Sobre algunos elementos latino-románicos en vascuence y otras voces vascas», mientras que la primera de las «Notas de gramática histórica vasca» nos ofrece en cierto modo el reverso de la moneda, ya que tiene por objeto criticar la etimología latina propuesta por Rohlfs para *meneratu* y *menperatu*¹³.

En cuanto a las reseñas, algunas de ellas son el resultado de la preocupación de *Emerita*, una revista de filología clásica, por obras muy generales de historia lingüística que por otra parte afectaban al problema de los orígenes de la lengua vasca, y su mayor interés para nuestro tema es que dejan ver ya el característico y sano escepticismo de su autor, y la considerable cantidad de información lingüística que se las había arreglado para reunir en escaso tiempo y en condiciones extremadamente difíciles. Por ejemplo, al comentar una pintoresca propuesta para emparentar euskera y munda Michelena se atreve, desde luego con extrema circunspección, a plantearse dudas incluso sobre la vertiente munda del trabajo reseñado: «¿El material que presenta es puramente munda? A veces se sospecha que no: hay un *eka* 'uno, un'»¹⁴; como será habitual en sus trabajos posteriores Koldo tiende a pensar que lo que él sabe al margen de su investigación es-

⁹ *Emerita* 17, 1949, 288-9 (= *SHLV* 1, 97-8), 346-51 (= *SHLV* 1, 91-4), 351-2 (= *SHLV* 1, 95-6). Del mismo año es otra reseña aparecida en *BSVAP* 5, 1949, 365-96 sobre J. Hubschmid, *Praeromanica*.

¹⁰ *Emerita* 17, 1949, 195-211 = *SHLV* 1, 448-57.

¹¹ *Homenaje a D. Julio de Urquijo e Ybarra* II, San Sebastián 1949, 483-7 = *SHLV* 1, 445-7.

¹² *SHLV* 1, 453.

¹³ *SHLV* 1, 445-6.

¹⁴ *SHLV* 1, 96.

tricta también lo saben sus lectores, y no se molesta en advertir de que las lenguas munda se hablan en distintas zonas de la India con distribución claramente residual, que sus contactos con las lenguas indo-arias, como el a.i., son conocidos, y que en a.i. el cardinal «uno» es precisamente *eka*. Pero particularmente significativa es la reseña del libro de Bähr, *Baskisch und Iberisch*¹⁵, un excelente trabajo cuya tesis fundamental, aparte muchas observaciones concretas sobre gramática histórica vasca e interpretación de los textos paleohispánicos, era la no existencia de parentesco entre vasco e ibérico, es decir un ataque frontal a la cuestión vasco-ibérica, inevitable para cualquiera que se interese por el pasado de la lengua vasca. Koldo discute muchos puntos de detalle, pero sobre todo me interesa resaltar una afirmación general: «Aceptando plenamente las conclusiones del autor de que el parentesco lingüístico ibero-vasco dista mucho de estar probado y de que solamente nuevos hallazgos podrán ponernos en vías de interpretar los textos ibéricos, su estudio no ha sido realizado, a mi entender, con toda la imparcialidad deseable»¹⁶. Cómo entendía él esa imparcialidad y a qué particulares conclusiones le llevó será una de las cuestiones principales que tendremos que examinar en lo que sigue.

Las primeras publicaciones de Koldo Michelena muestran pues que su interés acuciante era la lingüística vasca, pero que ésta le llevaba inevitablemente hacia otras disciplinas lingüísticas, mientras que una curiosidad más que amplia, que no se limitaba a los problemas teóricos, iba a facilitarle esas necesarias excursiones a otros mundos del lenguaje. Los años siguientes ven la continuación de los intereses ya manifiestos en 1949, y también el desarrollo de alguno de ellos en direcciones muy definidas. Los artículos sobre «La aspiración intervocálica», «La distribución de las oclusivas aspiradas y no aspiradas», y «La sonorización de las oclusivas iniciales», de 1950 el primero y 1951 los siguientes¹⁷, indican que la fonética se ha convertido, por gusto o necesidad, en el aspecto del lenguaje al que Michelena va a prestar atención preferente; será en el plano fonético donde tendrá ocasión de confrontar continuamente los datos latinos y vascos, y por lo tanto donde le surgirán observaciones válidas para el latín en sí, al margen de su interés para la historia del euskera, y cuando nuevos hallazgos le lleven a trabajar en cuestiones paleohispánicas preferirá aprovechar su experiencia afrontando cuestiones de ese tipo, aunque no dejó de reconocer nunca, creo yo, el papel central de la sintaxis en la lengua. En ese sentido su situación fue claramente la de sus admirados neogramáticos: había que empezar la casa por los cimientos, es decir por la materia fónica y su organización, y lo que era inicialmente una necesidad acaba revelándose en sí mismo endiabladamente interesante.

Pero por otra parte la cuestión vasco-ibérica no podía ser separada del análisis de los enigmáticos textos ibéricos, al menos Michelena no era hombre que se pudiese mantener en el terreno de las generalidades, sin pisar el suelo de los datos reales que las sustentan, y ya en 1952, en el que toda su bibliografía es paleohispanística, se lanza a la interpretación de una inscripción concreta¹⁸. Quedaban así configuradas las tres líneas esenciales de investigación que aquí nos van a ocupar, la cuestión vasco-ibérica, la fonética del latín y de las lenguas paleohispánicas, y la interpretación de textos. Empezaré por esta última porque es la que tiene menos peso en la bibliografía de Koldo, y porque el artículo de 1952, que llevaba un título interrogativo, «¿Un aoristo sigmático indoeuropeo en la pátera ibérica de Tivisa?», fue un principio en más de un sentido.

Cuando en 1985 se volvió a publicar en la colección de artículos *Lengua e historia*, Michelena añadió un breve comentario del que quiero citar algunas líneas. El artículo según su autor «reco-

¹⁵ *SHLV* 1, 91-4.

¹⁶ *SHLV* 1, 94.

¹⁷ *SHLV* 1, 190-202, 212-9 y 203-11.

¹⁸ «¿Un aoristo sigmático indoeuropeo en la pátera ibérica de Tivisa?», *Emerita* 20, 1952, 153-60 = *LH* 374-8, con comentarios del A. en 486.

ge la más arrebatada de mis ideas: es decir, de las ideas que he expresado por escrito. También es seguramente el artículo mío que ha sido mencionado, aunque sólo fuera para rechazarlo, por el número mayor de personas autorizadas... Creo que queda claro que esto se publicó como mero ensayo... Pero mis esperanzas casi nulas dejaron de existir, después sobre todo de algún intento que se hizo en Cataluña»¹⁹.

El artículo planteaba la posibilidad de que una bien conocida inscripción ibérica (MLH III, C.21.1) estuviese en realidad redactada en una lengua indoeuropea, aunque el autor de la inscripción llevaría en cualquier caso un N(ombre de) P(ersona) ibérico. La inscripción grabada en la base de una pátera de plata reza: *boutintibaś sani kiršto urketikeś*. El punto de partida de Koldo era totalmente ortodoxo. En el desciframiento de textos en lenguas no comprensibles se suelen distinguir tres metodologías, la combinatoria interna, que en este caso no nos interesa, aunque en parte es ella la que permitía ya entonces identificar en *boutintibaś* un NP, el método arqueológico, a veces denominado con considerable optimismo «método de los casi bilingües», y el etimológico sólo utilizable cuando la lengua en cuestión tiene parientes conocidos y es por lo tanto susceptible de comparación. El método arqueológico se basa en que las prácticas epigráficas de un pueblo, es decir las tradiciones visibles en la tipología de los textos y en su estructura interna, y la relación entre éstos y las clases y características externas de los soportes, constituyen un aspecto de la cultura que frecuentemente es común a varios grupos humanos, es decir forma parte del nivel supranacional de la cultura; baste, para el mundo actual, con comparar unos cuantos periódicos en distintas lenguas europeas, o los carteles de algunos grandes almacenes de distintas capitales, y desde luego en el Mediterráneo antiguo la alfabetización extendió, a partir de sus orígenes griegos y fenicios, todo un conjunto de usos epigráficos internacionales. Esto hace posible plantear hipótesis sobre el análisis interno y el significado global de un texto en una lengua desconocida cuando se poseen textos de similar presentación material en lenguas conocidas, sobre todo cuando los textos son breves y funcionalmente simples. Los tipos de epígrafe que encontramos grabados sobre objetos valiosos no son muchos, y uno de los más característicos es la inscripción de autor o firma de artista; Michelena partía de inscripciones como la griega «Pyrros ateniense (lo) hizo», o la latina «Manios me hizo para Numasios»²⁰, y puesto que *boutintibaś* es un NP, veía en él el del artífice, y buscaba en el resto del epígrafe una expresión equivalente a «hizo esto» seguida de una indicación relativa bien al origen del artista bien a la persona para la que se había realizado el trabajo. La novedad de la propuesta estribaba en que, pasando al método etimológico, le era posible proponer una excelente etimología indoeuropea para *kiršto* como «hizo» y para *sani* como «esto aquí presente».

Obviamente la posibilidad de una interpretación indoeuropea no equivalía a una prueba; los elementos eran pocos como para excluir la mera casualidad, no se explicaba sin residuos la totalidad de la inscripción, y sobre todo la interpretación era puramente etimológica, es decir se basaba en elementos reconstruidos para el indoeuropeo común a partir de lenguas diversas, pero no permitía atribuir el texto a una lengua en particular, propiamente atestiguada. Aún así, y a pesar de haber sido presentado con carácter muy tentativo, indicando explícitamente, que «sólo otros hechos convergentes, si fuera posible señalarlos más adelante, le darían [a la propuesta] algún valor positivo»²¹, el artículo tuvo una repercusión considerable, a la que ya hemos oído que

¹⁹ LH, 486.

²⁰ Obviamente no es éste el lugar para entrar en el problema de la autenticidad del texto; en cualquier caso es típico.

²¹ LH, 374. A continuación se lee: «Pero esto hoy no parece muy probable».

se referiría Michelena tiempo después. Esa repercusión tuvo bastante importancia a mi modo de ver, porque contribuyó a dar a conocer al autor en medios lingüísticos ajenos a los estudios vascos, y en concreto en el ámbito de la indoeuropeística en la que acabaría integrado por la vía académica. La lista de investigadores que aceptaron la idea es considerable y todavía en fechas muy recientes nos tropezamos con referencias positivas entre indoeuropeístas, aunque entre especialistas en ibérico, si es que se puede considerar existente una especie representada por tan escasos ejemplares, hoy día parece totalmente excluida. Quiero subrayar sin embargo que, aunque la interpretación es muy improbable, no hay en ella ningún punto débil intrínseco, y que no está probado que sea falsa; ello sólo podrá ocurrir el día que sepamos más de la lengua ibérica, si es posible dar cuenta de la inscripción exclusivamente a partir del propio ibérico. Mientras tanto la propuesta no es en absoluto menos viable que en 1952, cuando vio la luz, e incluso se podrían aducir en su favor nuevos argumentos. Al menos personalmente no creo probable que el ibérico fuese lengua coloquial en Cataluña, y no veo mayor dificultad en pensar que allí se hablase una lengua indoeuropea que desde luego no sería el celtibérico del valle medio del Ebro y la Meseta oriental, incluso no es probable que fuese céltica, por lo que si en alguna ocasión extraordinaria alguien dejó constancia en escritura ibérica no de la lengua escrita habitual, es decir el ibérico, sino de esa lengua coloquial, podríamos encontrarnos ante un texto de las características del de la pátera de Tivisa tal como lo interpretó Koldo Michelena, es decir atribuible a la familia indoeuropea en sentido amplio pero no a una lengua conocida de esa familia. Esto no quiere decir que debamos admitir la interpretación de 1952, que parece muy poco probable, sino que esa interpretación no es imposible, más aún, que los avances considerables de cuarenta años de estudios ibéricos no la han hecho imposible.

Me he detenido quizá exageradamente en un artículo que a fin de cuentas no constituye sino una gota de agua en el conjunto de la producción científica de Michelena, pero merecía la pena hacerlo por diversos motivos, en primer lugar porque precisamente por ser muy poco representativo de la manera habitual de proceder de Koldo en cuestiones científicas, más bien escéptica y cautelosa, permite vislumbrar una actitud subyacente que creo que en realidad fue siempre muy fuerte en él, y que podría haberle llevado, si no le hubiera opuesto a la vez un escepticismo de principio y otra cara aparentemente contradictoria de su misma personalidad, a acumular las propuestas brillantes pero inseguras. Por otro lado, como ya he dicho, el artículo en cuestión tuvo repercusiones interesantes para la celebridad de su autor, y además constituye su primer esfuerzo en la línea del desciframiento de textos, que no prodigó mucho pero que en todo caso hubo de tener muy presente como transfondo de otros estudios suyos, tanto en el campo de la paleohispánica como en el de los primeros documentos del euskera.

De hecho el mismo año 1952, en un trabajo del *Boletín de la Real Sociedad Vascongada*, que desdichadamente, aunque al parecer por indicación expresa del propio autor, no ha sido recogido en ninguna de las recientes recopilaciones de sus artículos²², Koldo Michelena tras criticar la forma de actuar de ciertos vasco-iberistas, señalaba que sólo del descubrimiento de la relación genética del ibérico con otra lengua conocida «podrá esperarse la interpretación rápida, por aplicación del método etimológico, de ese grupo de inscripciones hispánicas». Y añadía: «De lo contrario dependerá de la suerte, posible pero imprevisible, del hallazgo de algún texto bilingüe, o en último caso, de la lenta marcha de las manipulaciones combinatorias»²³.

²² «El plomo ibérico del Cigarralejo», *BRSVAP* 8, 1952, 495-503.

²³ Op. cit., 503.

La relación genética no se ha demostrado, ni siquiera se ha propuesto con un mínimo de verosimilitud; los bilingües aparecidos han sido demasiado fragmentarios como para poder proporcionar la más débil base al desciframiento; lo único que ha podido seguir avanzando ha sido «la lenta marcha de las manipulaciones combinatorias», no siempre muy afortunadas, y en todo caso hasta la fecha no particularmente reveladoras. La contribución de Michelena al desciframiento de los textos paleohispánicos con posterioridad a la aventura de la pátera de Tivisa ha sido escasa en cantidad, y se ha limitado a las inscripciones ibéricas, y por lo tanto a las operaciones combinatorias, renunciando a trabajar en el terreno en el que el método etimológico era posible, es decir en el de las lenguas indoeuropeas de la Península. Cuando en 1973 tuvo la generosidad de proponerme que realizásemos en colaboración un estudio del recién publicado bronce de Botorríta, no sólo la más larga inscripción celtibérica existente sino también el más importante documento céltico antiguo²⁴, dejó claro desde el primer momento que él no iba a entrar en cuestiones de interpretación del texto, y que prefería ceñirse al estudio de la fonética. Obviamente había en esta postura una base muy personal, de afición a un determinado campo, pero creo que había también una cierta decisión deliberada de mantenerse al margen de un terreno en el que, lo brillante de los resultados que le era dado alcanzar, podía llevarle más allá de lo que aconsejaba la prudencia que a sí mismo se había impuesto.

Sin embargo volvió deliberadamente al campo del desciframiento de textos. En 1974, cuando en Salamanca tuvo lugar el primer coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, Michelena preparó una comunicación, publicada en 1976 en las *Actas* del coloquio²⁵, con el escueto título «Ibérico -en»; en realidad se trataba de abordar una serie de textos que ya habían sido comentados varias veces por otros autores, y en los que surgían posibilidades de interpretación gramatical cuyos problemas principales se centraban en el sufijo que daba nombre al artículo. ¿Por qué se decidía a volver a un terreno hacia el que venía mostrando considerable desapego desde hacía más de veinte años? Creo que unas palabras de la parte preliminar del artículo en cuestión nos pueden poner sobre la pista: «A falta de lazos de parentesco genético, siempre se puede utilizar una posible afinidad tipológica: siempre hacen falta modelos para tratar de comprender lo desconocido o mal conocido a partir de algo familiar»²⁶.

Para valorar adecuadamente esas palabras hay que plantearse cuál era la situación de la lingüística general por aquellas fechas. La lingüística generativa estaba en su momento de mayor influencia. Koldo, que siempre se declaró un comparatista y un estructuralista, se había llegado a interesar considerablemente por los aspectos generales del generativismo, y la verdad es que no recuerdo si en aquel tiempo había empezado ya su fuerte reacción, no sólo contra el sectarismo escolástico de algunos representantes de esa teoría, que siempre le repelió, sino contra la teoría en sí, pero en todo caso no había perdido de vista otras formas de teorizar y de intentar comprender los aspectos más generales y abstractos del lenguaje. Porque conviene tener muy presente que, si antes he insistido en su interés por la historia, ese interés por el acontecer concreto y por los vínculos de un fenómeno preciso con un tiempo preciso no le impidió nunca sentirse igualmente interesado por la abstracción, por la generalidad y por los aspectos del lenguaje que hacen presentir leyes universales.

²⁴ Dejo el texto tal como estaba, aunque la aparición en octubre del nuevo bronce de Botorríta hace completamente falsa mi afirmación.

²⁵ *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1976, 353-61 = *LH*, 379-87.

²⁶ *LH*, 380.

Pues bien, a pesar de las apariencias el generativismo no era la única novedad teórica que se estaba desarrollando por entonces en el campo de la lingüística; en 1961 se había celebrado una conferencia sobre «universales del lenguaje» cuyos resultados se publicaron en 1963²⁷, y que dio impulso a unos estudios una de cuyas manifestaciones más significativas, el proyecto de la Universidad de Standford sobre universales del lenguaje, iniciado en 1967, estaba en pleno desarrollo cuando tenía lugar el coloquio de Salamanca. El animador de ambos acontecimientos, la conferencia y el proyecto, era un lingüista americano, Joseph H. Greenberg, que tenía tras de sí ya una larga trayectoria de estudios de lingüística general y sobre la clasificación de lenguas diversas, y a la lectura de cuyas obras Michelena tenía indudable afición²⁸. Durante esos años se crean en Estados Unidos dos corrientes paralelas que pretenden ambas obtener el máximo de generalización, en un caso, el generativismo, a partir del mínimo de datos, en el otro, la interlingüística, a partir de métodos que permitan combinar las limitaciones de nuestra capacidad lingüística con el máximo de datos en cantidad y variedad. En buena medida esa aporía se salvaba y se salva a través de la tipología lingüística, y la reiterada aparición de la palabra «universales» no debe engañarnos, lo que Greenberg proponía era un renacimiento de la tipología, cuya tradición decimonónica había tenido su último gran representante, y a la vez el iniciador de la tipología del siglo XX en Sapir, y la tradición mantenida gracias a Greenberg²⁹ a pesar del cambio total de actitud que implicaba el generativismo es la que explica la importancia actual de los estudios de interlingüística, que básicamente son comparación, y comprensión, tipológica.

Michelena, que como he dicho sentía un profundo interés por la generalización lingüística y era buen lector de Greenberg, no dejó de captar, no sé si intuitivamente o de forma más deliberada, las posibilidades de dar una base más científica y objetiva al tradicional método combinatorio que proporcionaban estos nuevos enfoques, y eso explica el artículo sobre el sufijo *-en*.

Se trata de un morfema que aparece unido a NNP en inscripciones de propiedad sobre cerámica, pero también en inscripciones sepulcrales de mayor complejidad. La estela de Cabanes por ejemplo contiene la secuencia *iltirbikis/en : seltar/Vi* (MLH III, F.5.1) que Tovar, tomando en consideración la coincidencia con la desinencia *-en* del genitivo vasco, y una más que dudosa equiparación vasco-ibérica de *seltar* que le llevaba a la interpretación «pira funeraria = tumba» para esta palabra, había traducido «de Iltirbigis la tumba yo (soy)»³⁰. Se trataba evidentemente de una casi pura aplicación del método etimológico, aunque hay que reconocer que el método arqueológico jugaba también un cierto papel, ya que la repetición de *seltar* en varias inscripciones funerarias y la comparación con lápidas sepulcrales en otras lenguas antiguas bien conocidas constituía un fuerte apoyo a favor de la traducción de esa palabra como «tumba», «lápida», «monumento» o algo similar.

Michelena se refiere explícita y aprobatoriamente a la interpretación de Tovar³¹, pero en realidad su trabajo está motivado en buena medida por aspectos de esa interpretación que no le parecían aceptables y que sin embargo deja sin mencionar, contando con que esa cortesía no impediría a quienes se interesaban por la cuestión advertir el fondo del problema. En primer lugar el artículo se inicia con una neta afirmación; tras comparar el distinto nivel de comprensión de los

²⁷ J. H. Greenberg, *Universals of Language*, Cambridge, Mass., 1966 = 1963.

²⁸ Cf. por ej. *LH*, 485: «Por segunda vez diré, que el único salvador que acierto a divisar cuando se trata de evoluciones de *longue durée* es otra vez Greenberg: bueno, Greenberg y los 'suyos'».

²⁹ En realidad para ser justo debería mencionar aquí otros autores, en particular europeos, pero la influencia más significativa sobre Michelena fue la de Greenberg.

³⁰ A. Tovar. «Lenguas prerromanas no indoeuropeas: testimonios antiguos», *Enciclopedia lingüística hispánica* I, Madrid 1959, 5-26: 21.

³¹ *LH*, 380.

textos ibéricos y celtibéricos se indica que ello es debido a que «a pesar de los intentos comparativos de todos conocidos, hay muy poco que decir de la posible relación del ibérico con otras lenguas»³². De hecho en el resto del trabajo se parte siempre de razones combinatorias y arqueológicas para dar por buena la interpretación de un texto, y se refuerza esas razones con el enfoque tipológico que constituye la originalidad del artículo.

Pero hay algo aún más importante. En la interpretación de las lápidas sepulcrales ibéricas no sólo había jugado un papel la comparación con el vasco, sino también con las lenguas camíticas, es decir las que hoy llamaríamos afro-asiáticas. Tovar no creía que el ibérico fuese una forma antigua de euskera; en el trabajo citado por Michelena había afirmado taxativamente: «ahora, cuando nuestro vocabulario ibérico... alcanza casi el millar de palabras, tenemos la prueba concluyente de que el ibérico no es el vasco»³³. Pero no por ello dejaba de creer en un parentesco vasco-ibérico de raíces muy antiguas que no era exclusivo de estas dos lenguas, y que creía ver precisamente en ese mismo sufijo *-en* que nos ocupa. El sufijo no sólo aparece siguiendo a NNP sino también a otros elementos, en particular la palabra *eban*, también repetida en inscripciones sepulcrales, por ejemplo una de Sagunto cuyas primeras palabras son *balkeatin isbetartiker ebanen* (MLH III, F.11.3), y a propósito de ella Tovar había escrito: «En estos textos cabe interpretar *-en* como un elemento posesivo, una especie de pronombre que, dando por buena mi traducción de *eban* «piedra», va con esta palabra con el valor de «piedra de», «su piedra o tumba». La diferencia entre este *-en* pronominal ibérico, semejante al camítico, y el *-en* del genitivo vasco consiste en que en esta lengua se ha convertido en un sufijo más»³⁴. «Junto con *-en*, que también lo es, constituye *eban* un indicio muy estimable del camitismo del ibérico, que sería un resto del antiguo camítico occidental que han supuesto como sustrato europeo muchos prehistoriadores y lingüistas»³⁵. Michelena no se refiere explícitamente a estas ideas, pero es preciso tenerlas en cuenta para comprender por qué, tras la referencia a la afinidad tipológica que he citado más arriba, afirma: «Advierto, pues, que en principio y mientras lo contrario no quede demostrado, parto para el ibérico de modelos hasta cierto punto europeos, aunque no indoeuropeos. Así, parece natural pensar que ibérico y vasco, lenguas que estuvieron largo tiempo en contacto, desarrollaron rasgos comunes, sin entrar en el sentido predominante de las influencias, mientras que las afinidades de aquél con el Norte de África no pasan de ser supuestas o postuladas... Pienso también que, aunque siempre he tenido una postura muy crítica con respecto a la comparación vasco-caucásica, la lengua vasca está, en cuanto a tipo, mucho más próxima a las Kartvélicas, por ejemplo, que a los dialectos bereberes y al libio antiguo»³⁶.

De hecho las nociones de tipo y de afinidad tipológica van a ser a lo largo del artículo los útiles metodológicos que le van a permitir, en lo que creo sigue siendo el mejor ejemplo de fundamentación combinatoria de la interpretación de textos ibéricos, desechar la traducción «piedra» para *eban* y el carácter pronominal de *-en*, y proponer como mucho más verosímil que se trate respectivamente de una indicación de filiación, quizá la palabra «hijo», y de un sufijo indicador de pertenencia, es decir algo muy próximo a una desinencia de genitivo, con lo que el texto citado en último lugar vendría a significar «de Balkeatin, el hijo de Isbetartiker», o, por utilizar un ejemplo expresamente citado por Michelena, el comienzo de la inscripción de Sinarcas, *baisetasiltutáseba[ne]/nVi seltarbanVi* (MLH III, F.14.1), significaría algo próximo a «yo/soy de Baisetas, del hijo de Iltutas; yo/soy la estela, tumba»³⁷.

³² *HL*, 379.

³³ Op. cit., en n. 30, 17.

³⁴ Op. cit., 20.

³⁵ Op. cit., 22.

³⁶ *LH*, 380.

³⁷ *LH*, 381-7, en especial 383 y 386.

Si pasamos ahora al segundo de los temas que pretendo comentar, los estudios de fonética latina y paleohispana, será quizá prudente hacerlo de forma un tanto superficial, ya que se trata de un terreno muy técnico en el que no tienen por qué estar iniciados quienes se interesan desde diversas perspectivas por la obra de Koldo Michelena. El punto de partida está, como ya he señalado, en sus estudios de fonética vasca, para los que el latín era un instrumento inapreciable, porque como el mismo Michelena dice: «Los préstamos del latín, como testigos de forma inicial conocida y de fecha determinable con alguna aproximación, constituyen un material precioso para fijar algunas líneas de la prehistoria de los sonidos vascos»³⁸. Los trabajos de Koldo realizados desde esa perspectiva son numerosos, empezando por algunos de 1949 ya mencionados, y culminando por supuestos en la *Fonética histórica vasca*³⁹. Pero si la información alcanzable por esa vía iba normalmente de lo latino conocido a lo vasco desconocido, la relación podía invertirse en algún caso si el observador era lo bastante sutil, y tenía la suficiente familiaridad con un amplio inventario de fenómenos fonéticos como para advertirlo.

Así nace en 1965 un artículo sobre la S latina⁴⁰, de una originalidad notable y que no ha sido reconocido en toda su importancia⁴¹. Lo cierto es que no estamos seguros de cómo pronunciaban los romanos el sonido que transcribían con S en distintos momentos y en distintas zonas, y por lo tanto cuándo y en qué medida se produjeron cambios en la evolución a las lenguas romances. El estudio de los préstamos latinos en vasco permite a Michelena llegar a una conclusión que expresa con cautela característica, pero quizá decididamente inadecuada: «el testimonio vasco es, en mi modesta opinión, poco favorable a la hipótesis que atribuye una realización apical a lat. s»⁴². Sería más justo decir que se habían aportado argumentos contundentes a favor de la realización predorsal de lat. S.

Pero en realidad ésta no era la primera incursión en un sistema fonológico distinto del vasco a la que, desde éste, se veía conducido Michelena. De 1955 data un artículo que constituye una pieza clave en la bibliografía ibérica, aunque por estar sus conclusiones hoy día plenamente asumidas quizá ya no somos muy conscientes de ello. Su título, «Cuestiones relacionadas con la escritura ibérica»⁴³, no da una cabal idea del contenido, que básicamente es un estudio de las sibilantes y vibrantes ibéricas, al que sin duda se había visto abocado porque, a diferencia de otras lenguas atestiguadas en la Península en la antigüedad, como el celtibérico, el griego o el latín, pero coincidiendo con el vasco, el ibérico presenta una oposición fonológica entre dos series sibilantes y dos series vibrantes.

Más que insistir en los detalles quisiera recalcar una afirmación contenida en las páginas finales de ese artículo: «Desearía haber aportado algo, por poco que fuera, a un aspecto que creo fundamental en los estudios ibéricos: al estudio de las regularidades, es decir, de las «leyes», en la distribución de los signos en textos de una misma zona y en los diferentes empleos en distintos territorios»⁴⁴. Escuetamente tenemos señalado aquí un programa de análisis interno y combinatorio de los textos paleohispánicos que, contra lo que pudiera parecer, no había sido llevado a cabo por esas fechas salvo en escasa medida; no es que en la paleohispanística faltasen logros importantes, sin contar el punto de partida esencial que había constituido el desciframiento de la

³⁸ LH, 283, del artículo «Lat. S: el testimonio vasco», *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, Madrid 1965, 473-89 = LH, 282-95.

³⁹ San Sebastián 1961, 2.ª ed. San Sebastián, 1977.

⁴⁰ Vid. n. 38.

⁴¹ Por ej., el problema en él planteado no es ni siquiera mencionado en M. Leumann, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, München 1976.

⁴² LH, 292.

⁴³ *Emerita* 23, 1955, 265-84 = LH, 357-70.

⁴⁴ LH, 369.

escritura por obra de D. Manuel Gómez Moreno, pero en la excitación de los primeros y llamativos logros había faltado disciplina, y la falta de disciplina había engendrado confusión. El artículo sobre la fonética ibérica aportaba un rigor que cada vez iba a ser más imprescindible para poder progresar, y es éste también un aspecto cuya novedad e importancia entonces, por obvio hoy día, tendemos a perder de vista.

Pero hay otro punto más en este artículo que quisiera señalar; en él se contenía posiblemente la primera observación de Michelena sobre la fonética celtibérica, en un comentario de pasada a propósito de las nasales⁴⁵. La idea era recogida y desarrollada al año siguiente en una reseña del libro de M. Lejeune sobre el celtibérico⁴⁶ publicada en el *BRSVAP*⁴⁷. De hecho hasta ese momento el problema de las nasales celtibéricas era el punto de la fonética de esa lengua sobre el que existía más confusión, motivada por una mala lectura de las grafías, que a su vez dependía de no haber advertido esas regularidades en la distribución de los signos y esos diferentes empleos en distintas zonas que recomendaba Michelena en el artículo anterior. En este caso, y demostrando prácticamente la bondad de su receta teórica, Koldo resolvía limpiamente el problema señalando que en distintos territorios celtibéricos se había adoptado, de los tres signos nasales ibéricos, dos diferentes, y que todas las variedades de celtibérico presentaban el simple esquema esperable en una lengua indoeuropea antigua, dos únicas nasales diferenciadas por su punto de articulación, dental en un caso y labial en el otro.

La nota de Michelena pasó totalmente desapercibida. Esto no es muy raro teniendo en cuenta que interesaba fundamentalmente a indoeuropeístas, pero se había publicado en una revista de estudios vascos que no estaba precisamente bien representada en las bibliotecas de las universidades en las que tales estudios florecían. Lo que sí es verdaderamente extraordinario es que el propio Koldo, que debió redactar su nota con rapidez para dar noticia del libro reseñado, haciendo una pausa en trabajos de más empeño, se olvidase por completo de su descubrimiento. Hasta tal punto se olvidó que, cuando en 1960, un lingüista alemán que contribuyó mucho al desarrollo de la paleohispanística, U. Schmoll, publicó independientemente una explicación que coincidía punto por punto con la de Michelena⁴⁸, éste no reconoció su anterior hallazgo, y no tuvo por lo tanto ninguna reserva a la hora de alabar el acierto de Schmoll, al que consideró una prueba realizada «de la manera más elegante»⁴⁹, y se refirió una y otra vez a esa interpretación denominándola la opinión de Schmoll⁵⁰.

Cuando muchos años después cayó en la cuenta de que en realidad se trataba de su propia opinión, en la que había precedido en varios años a cualquier otro, consideró la cuestión un «recuerdo agridulce de una época en que a uno se le ocurrían cosas y hasta se podía permitir el derecho de olvidarlas nada más escritas»⁵¹. Me atrevo a decir que en esta ocasión Koldo se dejó llevar por el tópico, y que su comentario no hacía la más mínima justicia a la realidad del momento en que escribió esas palabras.

Pero dejando aparte cuestiones de detalle, si hemos de valorar la labor de Michelena en el campo de la fonética de las lenguas paleohispánicas, creo que no hay indicador más simple que el siguiente: si es preciso indicar la mejor descripción existente de la fonética ibérica, de la celti-

⁴⁵ *LH*, 369 y n. 34.

⁴⁶ *Celtibérica*, Salamanca, 1955.

⁴⁷ 12, 1956, 233-5 = *LH*, 371-3 con comentario en p. 485s. Cf. A. Tovar, «El signo Y del ibérico y un descubrimiento de Michelena», *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblata*, Vitoria 1985, 463-74.

⁴⁸ «Die iberischen und keltiberischen Nasalzeichen», *KZ* 76, 1960, 280-95.

⁴⁹ *LH*, 335.

⁵⁰ Por ej., J. de Hoz & L. Michelena, *La inscripción celtibérica de Botorrita*, Salamanca 1974, 35 y 38 n. 1.

⁵¹ *LH*, 486.

bérica y de la aquitana, creo que en cada caso debemos remitirnos a un breve trabajo suyo. En el caso del celtibérico, al capítulo primero del libro sobre el bronce de Botorrita⁵², en que el examen de los rasgos fonéticos de esa inscripción se convierte en un panorama general de la fonología celtibérica en el marco general de la lingüística céltica. El libro se publicó en 1974, y no mucho después, con ocasión del V Congreso Español de Estudios Clásicos, Koldo recibió el encargo de redactar una ponencia sobre «Los textos hispánicos prerromanos en lengua indoeuropea»⁵³ en la que resume su imagen de la fonología celtibérica a la vez que añade una serie de observaciones muy cautas sobre diversos aspectos, gramaticales y léxicos, del bronce de Botorrita; pero quizá lo más interesante de ese trabajo estriba en que en él Michelena nos dejó su más explícita toma de postura respecto a la lengua lusitana, la única lengua paleohispánica a la que nunca dedicó un trabajo independiente. Cabe en este caso por lo tanto felicitarse de que se diera la ocasión que motivó un trabajo de encargo y circunstancias, género muy denostado al que, sin embargo, a veces se deben auténticos progresos.

Precisamente ése es el caso del artículo en que se contiene la descripción de la fonética ibérica que Michelena presentó en 1976 al coloquio de Tubinga sobre lenguas y culturas paleohispánicas⁵⁴. Los organizadores le habían pedido un panorama de lo que se sabía en ese momento sobre la lengua ibérica, y Koldo respondió con una pequeña obra maestra de 15 páginas en su reedición, de las que cinco están dedicadas a la fonología y morfo-fonética, lo que teniendo en cuenta el cúmulo de cuestiones que se tratan en las restantes y el carácter sobremano conciso de todo el texto, nos da una idea de la atracción que seguían ejerciendo sobre él los fonemas y sus combinaciones.

En cuanto al trabajo sobre la fonética del aquitano, de 1954, contenido en un estudio de los NNP de las inscripciones latinas de la antigua Aquitania⁵⁵, no insistiré sobre él ya que su tema pertenece en realidad, a la vez que a la paleohispanística, a los estudios sobre el euskera antiguo. Sí quiero señalar sin embargo que en este caso no se trataba, como en los anteriores, de un estado de la cuestión en el que se llegaban a algunos resultados novedosos sino de una investigación original en la que se llegaba a poder ofrecer un cuadro general, algo por lo tanto aparentemente más importante; tendré ocasión sin embargo al final de mi intervención de volver a insistir en la importancia de esos supuestos estados de la cuestión.

Paso pues al último de los temas anunciados, con el que hemos visto a Koldo tropezarse ya en 1949, en su reseña del libro de Bähr. Entiendo por vasco-iberismo por supuesto la teoría según la cual el vasco tuvo en la antigüedad una gran extensión en la Península Ibérica, que para los más extremistas se correspondería con la totalidad del territorio, y que en todo caso alcanzaba al área de las inscripciones ibéricas, ya que la lengua de éstas no sería sino una forma antigua de euskera.

Las formas extremas de la teoría habían quedado definitivamente enterradas tras el desciframiento de la escritura ibérica y el descubrimiento de que una parte de las inscripciones notadas por ese medio correspondían al celtibérico, una lengua céltica en modo alguno confundible con la de los íberos. Por otra parte Caro Baroja había asestado un duro golpe a casi todos los soportes teóricos del vasco-iberismo en artículos publicados entre 1942 y 1943, y el libro mismo de Bähr

⁵² Op. cit. en n. 50, 29-54.

⁵³ *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1978, 443-8 = *LH*, 388-402.

⁵⁴ «La langue ibère», *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca 1979, 23-39 = *LH*, 341-56.

⁵⁵ «De onomástica aquitana», *Pirineos* 10, 1954, 409-55 = *LH*, 409-45.

había sido otro importante correctivo, aparte de muchas cosas más. Sin embargo Michelena iba a tener ocasión de encontrarse una y otra vez con la teoría, cuya extraordinaria capacidad de resistencia tiene muchas causas, y de muy distinto valor.

Hay que empezar por separar netamente el vasco-iberismo de los vasco-iberistas prácticos en sus diversas modalidades. El que alguien se declare convencido de que el ibérico es vasco antiguo, intente interpretar textos ibéricos a partir de esa convicción, y a la vez se permita el lujo de no conocer una palabra de gramática histórica vasca, y reduzca todo su utillaje a un diccionario cuyas fuentes no se ha molestado en inquirir y la posición cronológica y geográfica de las formas en él citadas no está en condiciones de entender, es uno entre muchos testimonios de que los seres humanos podemos ser irracionales, pero no constituye en absoluto un argumento en contra del vasco-iberismo. El vasco-iberismo es en principio, en su versión moderada, una teoría razonable y que tiene una serie de hechos significativos a su favor; es claro que en la antigüedad se hablaba vasco en los territorios en que lo encontramos luego en la Edad Media, hay inscripciones ibéricas que proceden de los umbrales mismos del territorio de los antiguos vascones, e incluso algunas cecas que acuñaron monedas con leyenda ibérica estaban al parecer dentro de sus fronteras —por no citar la inscripción sobre mosaico que acaba de ver la luz—⁵⁶, los textos ibéricos en su apariencia fonética y en la estructura de sus formas tienen un aire de familia con los textos vascos, y, por añadir un dato muy importante pero obtenido en fecha muy posterior al desarrollo de la teoría vasco-ibérica, el cuadro de la fonología ibérica que podemos deducir de los textos está muy próximo del que se puede reconstruir para el vasco antiguo.

Partiendo de estos supuestos plantearse la cuestión vasco-ibérica no sólo no es ocioso sino que resulta imprescindible para todo aquél que se interese por las lenguas paleohispánicas, y por supuesto para todo el que se interese por la historia de la lengua vasca, a la que los textos ibéricos podrían dar la profundidad cronológica de la que hoy carece. El problema es que una vez planteada la cuestión nos vemos abocados a unos resultados que son claramente negativos.

La postura de Michelena al respecto, o mejor aún la evolución de su postura, es característica. Como ya hemos visto, al reseñar la obra de Bähr reconocía que la teoría distaba de estar probada, pero hay que añadir que en ningún momento la daba por necesariamente falsa, y que en general, sin llegar a expresar una opinión definida, da la impresión de que no excluye la posibilidad de que efectivamente pudiera existir un parentesco vasco-ibérico. Muy poco tiempo después, en el ya mencionado artículo sobre el plomo de Cigarralejo de 1952, encontramos una posición más explícita, aunque igualmente cauta: «¿Quiere esto decir que no existen relaciones entre el ibérico y el vasco y que toda tentativa de aproximación debe ser condenada por principio? De ningún modo... Tratándose del ibérico, es evidente que nada podremos saber mientras la labor de interpretación no haya entrado por caminos más prometedores. ¿Qué vamos a decir de una lengua de cuyo sistema gramatical no sabemos nada...?»⁵⁷. Hasta aquí da la impresión de que Michelena se alineaba en esos momentos con quienes piensan que es prematuro argumentar en contra del parentesco vasco-ibérico porque nuestra información es todavía insuficiente para excluir esa posibilidad, pero en realidad las relaciones que consideraba posibles pero indemostrables de momento eran algo más complejas que la forma lineal de parentesco genético habitualmente aducida por los vasco-iberistas. Contra esta idea se había expresado con claridad líneas antes del texto citado: «un lingüista, si sostiene que el vasco es ibérico moderno o el ibérico vasco antiguo,

⁵⁶ M.^a A. Mezquíriz, «Pavimentum de «Opus signum» con inscripción ibérica de Andelos», *Trabajos de Arqueología Navarra* 10, 1991-92, 365-7.

⁵⁷ Op. cit. en n. 22, 501 y 502.

tiene que poder identificar, para ser consecuente consigo mismo, importantes elementos de los epígrafes ibéricos... Hasta ahora, que sepamos, nadie ha sido capaz de hacerlo, y nadie sostiene una teoría cuya prueba práctica es incapaz de dar»⁵⁸.

Las posibilidades de relacionar el vasco con el ibérico que ya entonces consideraba Michelena eran otras. En primer lugar empezaba por advertir la posibilidad de que el ibérico fuese algo distinto de la imagen canónica, según la cual sería la lengua unitaria de una etnia también unitaria, y la forma de comunicación oral básica en todo el territorio en que encontramos inscripciones ibéricas: «la lengua de las inscripciones pudo ser una lengua común, una *koiné*, como tantas otras, y quizá no la única que allí se conoció. En el ámbito de las posibilidades, tal vez no podría excluirse la pura posibilidad de que anteriormente, en torno al núcleo emporitano, se utilizara otra de tipo, si así podemos decir, más pirenaico. Conservando, pues, por brevedad esta denominación unitaria de ibérico, es claro que ha tenido que haber unas relaciones ibero-vascas, reflejo de la floración cultural ibérica y de la proximidad geográfica»⁵⁹. Debo decir que para mí ha sido una sorpresa y una satisfacción encontrarme con este texto poco tiempo ha, ya que plantea en pocas palabras como posibilidad, en un momento en que nadie lo hacía, algo que para mí es más que una simple posibilidad teórica, y que, aun reconociendo que por el momento no admite una prueba propiamente dicha, vengo defendiendo en trabajos recientes porque advierto muchos indicios a su favor.

Todavía añadía Michelena en el mismo trabajo otra posible forma de relación entre ibérico y vasco, que luego ha sido tenida en cuenta por otros investigadores entre los que merece una mención particular don Joan Coromines. Michelena subraya la importancia que concede a esta tercera posibilidad: «Queda aún otra posibilidad, a nuestro entender suficientemente importante para mencionarla expresamente. El vasco puede muy bien no ser la forma moderna del ibérico —y todo parece indicar que no lo es— y estar sin embargo ligado a él por vínculos de parentesco. Bastaría con que se tratara de lenguas de la misma familia suficientemente divergentes para que hasta ahora no hubiera podido ser probado éste. Esta posibilidad debe ser tenida muy en cuenta»⁶⁰.

Estas ideas, expresadas de forma rápida y al margen del comentario a un texto recién descubierto, en 1952, constituyen el punto de partida de las diversas contribuciones que Michelena hizo a la cuestión vasco-ibérica con posterioridad. De 1958 es un trabajo expresamente dedicado al tema, «Hispanico antiguo y vasco»⁶¹, en el que encontramos desarrollada por primera vez una observación que ya aparecía en el artículo anterior. Para Koldo algunos de los elementos léxicos ibéricos que tienen buenas correspondencias formales en vasco podrían, caso de no tratarse de un simple espejismo, ser el resultado de préstamos prehistóricos; característico de su modo de proceder es el que por un lado insista en que históricamente sería de esperar que los préstamos se hubiesen producido del ibérico al vasco, pero a la vez advierta que esas correspondencias afectan a una serie de términos relativos a partes del cuerpo e iniciados por *b-*, lo que parece ser resto de un rasgo morfológico sistemático propio del vasco. Por otro lado encontramos ahora, junto al argumento ya previamente empleado, de que de existir un parentesco genético directo sería de esperar que se pudiesen señalar concordancias precisas entre ambas lenguas, la contraprueba, en la que a partir de ahora insistiría siempre, de que esas concordancias sí se dan entre vasco y aquitano.

⁵⁸ Op. cit., 501.

⁵⁹ Op. cit., 502-3.

⁶⁰ Op. cit., 503.

⁶¹ *Archivum* 8, 1958, 35-47 = *SHLV* 1, 99-106.

Pasarían sin embargo bastantes años antes de que Koldo Michelena volviera a dedicar un trabajo, completo o en una parte significativa, a la cuestión vasco-ibérica. Luego, a partir de 1973, sus escritos sobre el tema se acumulan en unos pocos años. De 1973 es un artículo que lleva el significativo título de «Sobre la posición lingüística del ibérico»⁶²; al año siguiente se publica el libro sobre el bronce de Botorrita, cuyo prólogo⁶³, del que es autor Koldo, contiene, contra lo que pudiera esperarse en una obra sobre celtibérico, por lo que al parecer ha pasado desapercibida para muchos que debieran conocerla, una valoración de las características tipológicas que permiten desbrozar de antemano muchos supuestos problemas sobre los posibles parentescos del vasco, y en 1976, en el congreso internacional de estudios clásicos celebrado en Madrid, Michelena presenta un panorama general de la situación lingüística en la Hispania antigua⁶⁴ en el que también se detiene en las relaciones de vasco e ibérico⁶⁵, de la misma forma que lo hace en la ya mencionada presentación del ibérico en el coloquio de Tubinga del mismo año⁶⁶. Puesto que todos estos trabajos están recogidos en *Lengua e Historia*, y Koldo no creyó necesario añadirles en esa ocasión ningún comentario está claro que seguían representando su opinión en 1985, o al menos la parte de su opinión que estaba dispuesto a publicar.

Michelena continúa insistiendo en estos trabajos en que se sabe demasiado poco de la lengua ibérica, pero que la falta de resultados en la interpretación de las inscripciones ibéricas a partir del vasco constituye un argumento muy fuerte contra la teoría de una relación directa entre ambas lenguas. De las alternativas que había considerado en sus primeros artículos, parece tomar en consideración ahora exclusivamente la posibilidad de contactos culturales, y en especial la presencia en los textos ibéricos de rasgos lingüísticos de diversos orígenes, al margen del componente mayoritario estrictamente ibérico, insistiendo reiteradamente en que las posibles coincidencias léxicas entre vasco e ibérico se dan sobre todo en los NNP: «Se diría por lo tanto que ibérico y euskera habían formado una especie de *pool* onomástico, que poseían un stock en gran parte común de elementos y de procedimientos de formación, del que hacían uso con una gran libertad. Con esto no quiero decir que esos elementos deban ser homogéneos en cuanto a su origen»⁶⁷. «Las semejanzas fonológicas vasco-ibéricas se explicarían sin dificultad por el concepto ya bien establecido de *Sprachbund*, fueran cuales fueren sus divergencias genéticas, lo cual exigiría como condición necesaria una larga convivencia en espacios próximos»⁶⁸. Hay quizá diferencias de énfasis con respecto a los primeros trabajos, pero la posición básica sigue siendo la misma.

Con esto creo que, aunque con muchas omisiones y a través de un resumen empobrecedor, hemos pasado revista a las líneas esenciales de la investigación de Michelena en el campo de las lenguas paleohispánicas y del latín. Claramente se observan en ella dos momentos separados, el primero en los años cincuenta, en relación con sus trabajos de fonética histórica vasca, el segundo en los años setenta. Entre ambos algo más de diez años en que, sin que se pueda decir que le dejan de interesar estas cuestiones, lo cierto es que les dedica menos atención.

A propósito del primer momento debemos recordar dos influencias que indudablemente jugaron un papel importante en su formación, la de Vallejo, su director de tesis, latinista pero estudioso también de cuestiones ibéricas, de quien procede por ejemplo la preocupación por valorar en términos amplios el significado de los NNP ibéricos que hemos encontrado en la interpre-

⁶² *Homenaje a Don Pío Beltrán*, Madrid 1973, 147-53 = *LH*, 334-40.

⁶³ Op. cit., en n. 50, 11-25.

⁶⁴ «Lenguas indígenas y lengua clásica en Hispania», *Travaux du VI^e Congrès International d'Etudes Classiques*, Bucarest-Paris 1976, 41-51 = *LH*, 201-212.

⁶⁵ Op. cit., 206-7.

⁶⁶ Op. cit., en n. 54; en concreto *LH*, 354-5.

⁶⁷ *LH*, 355, y cf. p. 206.

⁶⁸ *LH*, 339.

tación que de las relaciones vasco-ibéricas daba Michelena, y sobre todo Tovar, que le había precedido en la confrontación fundada en conocimientos sólidos de ambas lenguas, y cuya postura, sin coincidir plenamente, tenía muchos puntos de contacto con la de Koldo, a la vez que había sido el primero en introducir en la paleohispanística una serie de preocupaciones, interpretación fonológica, tipología, que con distinta actitud perviven en la obra de éste.

El segundo período se inicia en un momento en que Michelena había adquirido ya toda su personalidad como lingüista, y no encontramos en él influencias exteriores definidas. Más bien hay que pensar en un encadenamiento de circunstancias de diverso tipo, algunas de ellas puramente casuales, desde la invitación a participar en el homenaje a D. Pío Beltrán, en 1973, a la publicación del bronce de Botorrita, que realmente marca una época en la paleohispanística⁶⁹, pasando, y me gustaría creer que esto fue decisivo, por la puesta en marcha en Salamanca en 1974 de los coloquios sobre lenguas paleohispánicas, el último de los cuales al que pudo asistir Koldo fue el celebrado en 1985 en su tanto tiempo imaginada y por fin real universidad del País Vasco. Es curioso pensar que la idea de los coloquios fue de Paco Jordá, compañero de universidad en Salamanca, quien como también compañero de, digamos forzada universidad popular en Burgos, le había pasado su ejemplar de la *Gramática* de Menéndez Pidal, revelándole así la lingüística histórica.

Entre los dos períodos no se producen grandes cambios; puede pensarse que el segundo es más maduro, más indiscutible en lo que se decide a proponer como adquisición razonable, pero los gérmenes de todas las preocupaciones básicas, e incluso de todas las ideas originales que encontramos en esas fechas están ya en los artículos de los años cincuenta. Y esto nos lleva a preguntarnos de una manera general qué ha representado Michelena para la paleohispanística. Evidentemente no ha dedicado una parte tan importante de sus esfuerzos a ese campo como otros investigadores, y sin embargo su obra ha tenido una transcendencia comparable con la de muy pocos. A mi modo de ver quizá lo más significativo es que, ya en estos artículos de los cincuenta, nos encontramos con la normalización científica de la paleohispanística. La disciplina, aunque tiene una importante prehistoria anterior, podemos decir que nace del desciframiento de la escritura ibérica por obra de don Manuel Gómez Moreno en los años veinte, o mejor aún, en los cuarenta cuando ese desciframiento se vulgariza por fin. Desde el primer momento suscita el interés de investigadores de talla, y se publican trabajos verdaderamente importantes, pero en la excitación de los primeros pasos conserva un cierto aire de improvisada aventura, visible por ejemplo por citar algo muy superficial, en el pintoresco método de transcribir, o yendo más al fondo de la cuestión, en la facilidad con que se elaboran teorías a partir de datos todavía escasos. Los trabajos de Koldo Michelena, desde el primer momento, implican la utilización de una metodología estricta basada en un conocimiento actualizado de la teoría lingüística, se adelantan a lo que será poco después el estilo habitual de buena parte de los estudios de paleohispanística, y señalan en cierto modo el acceso a la madurez de esos estudios, de la misma manera que los estados de la cuestión antes mencionados representan, en lo que junto a sus muchas contribuciones nuevas tienen de general, un testimonio indiscutible de esa madurez. El buen método sin embargo es algo que está al alcance de todos, basta con un buen aprendizaje; lo que tan sólo Michelena podía aportar ha sido la perspicacia de algunas de las ideas con las que ha enriquecido nuestro conocimiento de las lenguas paleohispánicas.

⁶⁹ De la misma manera que la publicación del bronce latino de la misma proveniencia le llevó a volver a ocuparse de fonética latina: «Notas lingüísticas al nuevo bron-

ce de Contrebia», *Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo»* 14, 1980, 3-9 = LH, 403-8.

Es habitual terminar agradeciendo a quienes han tenido la paciencia de escucharnos, la cortesía de que han dado muestra, pero en esta ocasión, sin dejar de hacerlo así, me parece que hacer constar la deuda de gratitud que, en los años que convivimos en la Universidad de Salamanca, contraí con Koldo Michelena por lo mucho que de él tuve ocasión de aprender es la forma más adecuada de concluir.

Universidad Complutense

JAVIER DE HOZ

BIBLIOGRAFÍA

- E. IBARZABAL, *Koldo Mitxelena*. San Sebastián.
L. MICHELENA, *LH = Lengua e historia*, Madrid 1985.
— *SHLV = Sobre historia de la lengua vasca* 1-2, San Sebastián 1988.
MLH = J. Untermann, *Monumenta Linguarum hispanicarum*. I. *Die Münzlegenden*. II. *Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich*. III. *Die iberischen Inschriften aus Spanien*, Wiesbaden 1975/1980/1990.